

Ruleta

Verano/12

(Por Esther Goris) No sé si fue ese inmoral berretín de agradar o mera desidia estival lo que me indujo a acompañar a mis amigos al casino. El caso es que a esa altura de la noche la única ruleta que me simpatizaba era la rusa. Iba en busca de mi enésimo whisky, cuando un croupier enano, enfundado en riguroso smoking, se paró ante mí esgrimiendo un enorme reloj de bolsillo con evidente enojo: –¿Te parece que estas son horas de llegar, Alicia? Y sin más, me tomó de la mano obligándome a seguirlo. Fue inútil intentar explicarle que hacía rato que yo estaba allí y que, por otra parte, no me llamaba Alicia. Esa noche terminé asistiendo al más azaroso prodigio que pueda concebirse: una Ruleta Metafísica.

Gentes de toda laya apostaban allí por su destino. Estaban los cautos, que jugaban de a poquito y sólo podían aspirar a recompensas modestas. El éxito apenas les coronaba los labios con la menguada sonrisa de la prudencia. También los había más osados y quienes lo arriesgaban todo en una sola jugada, pero algunos de ellos, supe después, apostaban con lo ajeno. Vi a los que se limitaban a entretejer complejas tramas de aniversarios, muertes y nacimientos en papelitos sobrepoblados de números, sin decidirse jamás a realizar apuesta alguna. Se daba incluso la paradojal circunstancia de un hombre que quería ser valiente pero nunca reunió el coraje suficiente para hacer la jugada. Un autor de tangos reclamaba la desdicha eterna, en vano fue advertirle que con ella no bastaba. Y otro artista requería la insatisfacción perpetua. Y alguien apostó a la gloria de la genialidad y ganó, pero cuando fue genial ya no le importó la gloria. Y una mujer que soñaba con la perfección y también ganó. Murió, me enteré después, en la más devastadora de las soledades. Un hombre, con el hastío evidente de llevarse puesto, quería ser otro. Y otro sólo añoraba ser él mismo. Y cuando ganó se transformó tanto que apenas pudimos reconocerlo. Uno, con aspecto cansado, dijo ser inmortal. Tenía los ojos mansos del que lo ha visto todo. Y pedía la muerte. Hubo quien sólo ambicionaba un deseo que fuese más vasto que ansiar un deseo y otro, más sabio, que sólo aspiraba a conocer el suyo. Y un ángel que quería ser hombre. Y perdió. Se fue desconsolado dejando un reguero de plumas. Alcancé a distinguir un argentino que pidió la paridad peso-dólar. La apuesta –le advirtieron– debía ser fuerte: en la escala ontológica de los milagros, ése era el más arduo. Y apostó el país. Con lágrimas en los ojos, me confesó que tenía que terminar de pagar las cuotas de una lustraaspiradora. Cuando llegó mi turno y aposté por el amor de cierto hombre, sobrevino un silencio inmenso como un eclipse, como si todos acordásemos que la del amor es una apuesta más grave aún que la de la perfección o la muerte. La ruleta dictaminó un 17. Yo había ganado. El hombre –me aseguraron– me honraría con la más irrevocable de las indiferencias. Un aplauso multitudinario rubricaba mi triunfo cuando me desperté. Pero antes tuve una visión reveladora: me vi a mí misma en una cuna de barro, muy arrugada y ya sin vida. Y todavía pensando en aquel hombre.

Por amor al arte

Estoy acostumbrado a mirar a través de la lente de mi cámara que, con los años, no sólo se ha convertido en una parte de mí, sino también en un obstáculo para relacionarme normalmente con los demás, teniendo en cuenta que ya tenía dificultades porque soy bastante tímido, más bien callado y de naturaleza contemplativa.

Cuando cumplí los diez, mi abuelo –coleccionista de relojes– tuvo la feliz ocurrencia de regalarme una máquina de fotos que todavía conservo, y que, si bien era bastante complicada, para mi edad, inauguró lo que sería para mí una pasión constante. Al entregármela me dijo: "Con esto vas a poder retener el tiempo y vas a aprender a ver las cosas de otro modo". Creo que no se equivocó. A partir de entonces fue creciendo en mí la fascinación por capturar lo efímero, por apresar el instante, por captar la fugacidad de la vida misma. Me sentía como un cazador de mariposas, un perseguidor de imágenes que en lugar de red tenía una cámara.

Así, de a poco, fui comprendiendo la importancia de la luz, el papel decisivo de la sombra y la poesía que podía surgir de improviso, desde cualquier lugar donde mi ojo se posara. Casi sin darme cuenta fui convirtiéndome en un observador obsesivo, sin preferencias por una cosa u otra, pero capaz de fotografiar todo aquello que despertara mi interés o me llamara la atención.

Trabajo en blanco y negro que son los colores ideales para un arte como éste y, una vez que revelo, guardo los negativos en cajas especiales y los archivo por temas.

De esta forma, quien entre a mi laboratorio, se encontrará con una pared cubierta hasta el techo de estantes, donde pueden leerse etiquetas con los siguientes nombres: retratos, plazas, desnudos, calles, etcétera. En general me sucede que elijo para revelar dos o tres tomas de un rollo completo y, una vez hechas las copias, las archivo y no las vuelvo a ver. Sólo me interesa saber que voy acumulando momentos y que, si quisiera, podría desplegar ante mí –como si se tratara de un juego– un rompecabezas compuesto por retazos de vida que, gracias a la magia de la fotografía, permanecerán inmutables. Pienso en el encanto de conservar indefinidamente un gesto fugaz, invariable a través del tiempo: la joven que ya no es, la planta esplendorosa que ahora está marchita y esa melancolía que se va depositando sobre todo lo que ha sido; tal vez por ese motivo me niego a mirar las fotos.

Hoy me siento especialmente triste porque hace apenas unas horas que mi mujer ha partido, creo que de manera definitiva. Se fue recriminándome mi falta de atención hacia ella, mi desafecto y el apego desmesurado que tengo por mi profesión; todo esto porque, mientras ella lloraba con desconsuelo, explicándome los motivos por los que decidía abandonarme, yo instintivamente me llevé los dedos a la altura del ojo que apoyo sobre la lente, con el único fin de encuadrar mejor su magnífica expresión de dolor y de fatiga. De pronto se calló abruptamente y me preguntó: "¿Qué estás haciendo?". "Nada", le respondí, bajando las manos con rapidez y bastante confundido por haberme dejado arrastrar por mi natural impulso. "¿Nada?", me gritó. "Pero, ¿te das cuenta de que mientras yo sufro porque nuestra relación se va al diablo, vos te ponés a pensar en cuál sería el mejor ángulo para sacarme una foto? Estás loco, ¿me oís?, completamente loco", y de un portazo se encerró en el dormitorio para reaparecer una hora más tarde con una valija y un bolsón en la mano.

No pude detenerla, quizás no quise, permanecí impasible pensando en lo mucho que la amaba, en cuánto me gustaba todavía, y en la maravillosa fotografía que había logrado tomarle cuando me miró por última vez, con los ojos llenos de lágrimas.

La trama escondida

–Toda ocasión es buena para comprobar la estupidez humana –declara Ruper Kriebick con su acostumbrada suficiencia germana, ante una noticia aparecida en el diario de esa mañana.

–Si no –prosigue– cómo es posible que un grupo de gente esté convencida de estar viendo a la Virgen en el techo de una iglesia cuando el mismo párroco afirma que tal visión es sólo producto de la sugestión colectiva. Pura pavada de ignorantes –concluye con desdén, el hombre que, a pesar de los cuarenta años que lleva viviendo en la Argentina, no ha perdido su acento alemán ni su soberbia prusiana.

La mujer, a quien está dirigido el comentario, no le presta atención; ya no conserva nada de aquel deslumbramiento que sintió al verlo llegar a la pequeña ciudad de provincia, con su metro noventa de estatura, sus penetrantes ojos claros y ese cabello que, de tan rubio, parecía blanco. De aquel enamoramiento inicial, ni siquiera hay cenizas, sólo rencor y desprecio acumulados a lo largo de una convivencia difícil y que le parece eterna. Ella, hija única de un matrimonio gallego, no había tenido mejor idea que enamorarse de un hombre veinte años mayor; su padre, un brioso republicano, no se cansaba de decirle: "Aléjate de ese nazi, mujer, habiendo tantos hombres buenos en el pueblo, tú vas a fijarte en un asesino, joder...". Cuánta verdad había en esas palabras que, aún hoy, continuaban frescas en su mente. Ahora tenía frente a sí a un viejo patético y cruel que trataba de mantener la arrogancia de sus años juveniles, festejando con sus colegas cada cumpleaños de Hitler; que nunca había tenido la humildad de reconocer o arrepentirse de sus múltiples crímenes. A un hombre, que a su entender, merecía una muerte horrible. A un hombre al que detestaba y que, sin embargo, seguía siendo su marido.

Se podía decir que el carácter irascible de Rupert se empezó a poner de manifiesto durante el embarazo de ella, época en la que él comenzó a beber y a discutir por cualquier motivo. Llegó a decirle que no quería ser padre, a pedirle que se sacara el niño, a suplicarle para que abortara. Ante sus reiteradas negativas, la sometía a toda clase de castigos corporales. Ella no podía comprender el comportamiento de su marido y, como consecuencia de una salvaje paliza que le propinó estando alcoholizado, a los siete meses dio a luz una hija.

Por temor, no se atrevió a denunciarlo, y el médico que las atendió –de origen judío por parte de madre, pero con apellido italiano– quizás por piedad ante la indefensión de la parturienta, decidió guardar silencio y ayudarlas.

Así, mensualmente, le entregaba a la mujer un calmante efectivo que aletargaba la cólera del marido. Ella, para proteger a la niña de la furia paterna, la llevaba diariamente a la casa de su madre, y cuando tuvo edad para ir al colegio, la internó pupila asegurándose de que le permitieran visitarla regularmente. A Rupert, esa decisión pareció no importarle, primero, porque él consideraba que sólo la educación con disciplina era formativa y, segundo, porque estaba muy ocupado en ubicar a los compatriotas que llegaban al país en condiciones similares a las que él había vivido.

Corría el año 55 y la caída de Perón era inminente, se hacía entonces necesario organizarse, implementar cambios de filiación y documentos para mantenerse a salvo de posibles y nefastas extradiciones. El alemán, prácticamente no salía de su casa, que funcionaba como centro de reunión de los prófugos nazis; desde allí se comunicaba por teléfono, por radio, y todos los meses recibía puntualmente una abultada suma en marcos alemanes. Los vecinos lo tenían catalogado como un misántropo violento, lo que en la jerga popular vendría a ser como un flor de hijo de puta, porque era un secreto a voces que la música de Wagner a todo volumen, era el recurso utilizado por el SS para acallar los gritos de dolor que profería su mujer cuando la golpeaba.

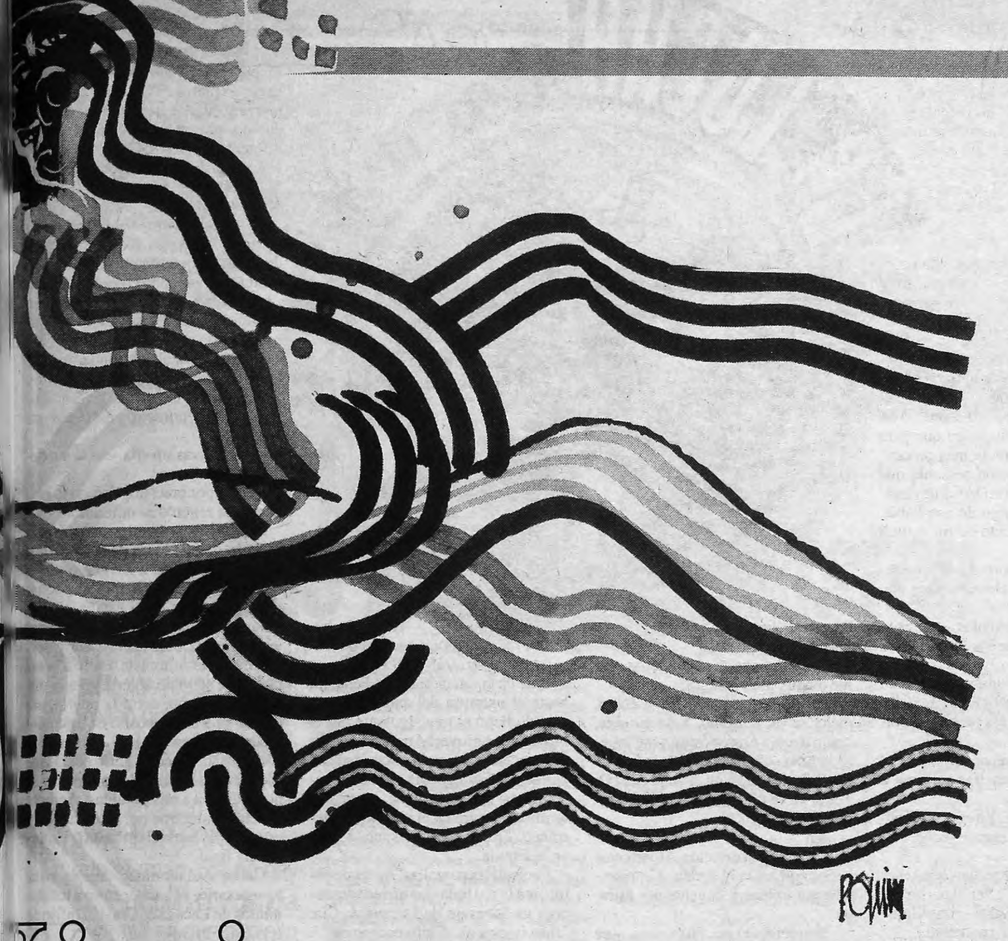
Con el correr del tiempo, y gracias a la medicación, este tipo de episodios fueron cada vez menos frecuentes. Por aquel entonces, al doctor de apellido italiano le tocó salvar a Rupert de una neumonía, convirtiéndose a causa de ese capricho del destino, no sólo en el médico de cabecera de él, sino también en el amante de ella.

Una o dos veces por semana, después de la cena, se presentaba en la casa de los Kriebick para jugar una partida de ajedrez –que al alemán le apasionaba– la que siempre se veía interrumpida gracias al efecto anestesiante del barbitúrico, permitiéndole de ese modo a la pareja –previa comprobación del resultado deseado– retozar a su gusto frente a las mismas narices del jerarca. Esa, seguramente debía ser para la mujer una revancha a la medida de su marido. Esta situación se mantuvo durante más de veinte años, sostenida quizás por el vértigo de placer que les provocaba el riesgo de sus relaciones.

De todos modos, esa noche se desanudaría por fin el lazo. Ella partiría por la tarde a Estados Unidos para asistir a la boda de su hija y el doctor, a pesar de que era jueves, acudiría como todos los viernes a jugar una partida.

Esta vez apenas lo adormecería, lo suficiente como para tener tiempo de colocarse los guantes quirúrgicos, atarlo a la silla y amordazarlo. Después esperaría hasta que se reanimara, porque no quería perderse la cara de perplejidad y de terror que pondría la víctima –que siempre había sido verdugo– cuando viera cómo su médico descargaba sin titubear el atizador de hierro sobre sus piernas, sobre su estómago, sus costillas y su cabeza; cómo estando aún agonizante, le bajaba serenamente los pantalones y con un cuchillo filoso (que no debía ser el bisturí, para no despertar sospechas) lo mutilaba prolijamente y le acercaba los huevos a la altura de los ojos, para que, en medio del dolor, los viera; antes de asestarle el golpe final que le clausuraría el mundo para siempre. El homicida, con fría tranquilidad profesional, le quitaría la mordaza al hombre asesinado, le abriría la boca y, como a un cerdo preparado para un banquete, en lugar de una manzana depositaría allí los testículos ensangrentados, después lavaría los elementos que le habían servido para ejecutarlo, devolvería el atizador a su lugar, guardaría el cuchillo y saldría por la puerta de atrás, cuidando de meter las manos en los bolsillos.

Al llegar a su casa se quitaría los guantes y tomaría una pastilla para dormir tranquilo.



Visiones dispersas

Por Mónika Mangisch

Un joven que sólo puede enfocar la vida a través del ojo de una cámara fotográfica. Un hombre que se apresta a poner en práctica el divino derecho a la venganza. Una joven obsesionada por las mareas de su cuerpo. Una mujer que intuye por un instante la certeza de un amor más allá de la muerte. Mónika Mangisch (Buenos Aires, 1951) invoca estos temas para componer relatos de engañosa brevedad pero dotados de la fuerza dispersa e inesperada de visiones.

Flaca

ni madre se le acumulaba la grasa en la ;a. Era algo notable, notable y aterrador. ica me imaginaba que se había tragado obo, me acercaba a tocarla y era dura, tensa como la superficie de un tambor. o podía entender por qué siempre esta- ilada como si tuviera un embarazo de meses, y esa especie de gestación eter- causaba no sólo rechazo, sino también idad, así es que cuando se desnudaba a de observarla, y me parecía sorpren- que su ombligo –en vez de estar hun- omo el mío– tuviera la apariencia de un culo. Vestida, la ropa le caía diferente resto de las personas, los cinturones en ıra no tenían razón de ser. A mí me aver- ba esa maternidad inexistente y a mis s les mentía que iba a tener un herma- ero a medida que pasaba el tiempo se robaba el engaño y comenzaban a mur- a mis espaldas.

creo que mi madre se aprovechaba de es- ıción, a veces íbamos en el colectivo y al- le cedía el lugar confundiéndola con una azada, ella inmediatamente tomaba asien- ıtándome sobre sus rodillas, entonces yo la molesta presión de su abdomen en mi a y comenzaba a descomponerme. Esto peor que le podía hacer, se irritaba tanto tiraba del pelo o me cacheteaba para que de hacer arcadas. En general terminába- ajando antes de llegar a casa y en cuanto estaba en la calle mi malestar desaparecía como por arte de magia. Su furia, en cambio, crecía en la misma proporción y más de una vez su rigurosa mano me hizo llorar de dolor.

De esta forma fui creciendo: horrorizada ante la idea de mi posible deformación; y para conjurar semejante futuro comencé a apoyar sobre mi vientre objetos pesados, tan pesados que a veces no los podía soportar; también me fajaba y usaba un cinturón elastizado –de esos con ballenitas del lado de adentro– que con el tiempo debí empezar a achicar; siempre después de comer me encerraba en el baño y con la ayuda de los dedos, vomitaba.

Tuve la dicha de no engordar jamás, logrando que mi físico se convirtiera en una armónica composición de fibra, piel y huesos.

Cuando alcancé el metro setenta pesando cuarenta y cinco kilos, mi madre se empezó a preocupar, quiso arrastrarme al médico pero me negué rotundamente, nada ni nadie lograría hacerme aumentar un gramo y menos aún: abultar mi barriga.

Hoy estoy en cama porque tengo hepatitis –una enfermedad maravillosa que impide engordar– pero el doctor también ha hablado de anemia y me ha recetado inyecciones. Mi delgadez es tan extrema que la enfermera se ve en figurillas cuando le toca pinchar.

Mi cara, mis brazos, mis piernas, en fin, todo mi cuerpo, participan de la belleza de lo enjuto, una estética que la mayoría es incapaz de apreciar. Pero lo más alentador es haberme enterado de que soy estéril, de que gracias a mi voluntad y perseverancia nunca más volverá a torturarme el fantasma de la hinchazón.

Lo perdurable

Cuando él le confesó que, de reencarnarse, le gustaría hacerlo en el cuerpo de un negro, ella se quedó mirándolo. En realidad, se quedó mirando la figura que conformaban ellos dos desnudos, sentados frente a frente, las piernas de ella extendidas, con los pies apoyados sobre el bajo vientre de él y la blancura de sus miembros en contraposición con el tono más oscuro de la piel del otro que, al estar de espaldas a la luz, simulaba ser aun más oscura de lo que en realidad era.

Ella todavía temblaba y en su mirada de brocato conservaba adheridos restos de placer del instante anterior. Mariposas de polvo y rimmel parecían aletear cada vez que entornaba los ojos.

Había sucedido, por fin, lo que tanto habían deseado, lo que con feroz paciencia habían estado esperando: conocerse, en el sentido bíblico de la palabra, y esa revelación había sido tan sobrecogedora e intensa que los dos se sentían perturbados.

–¿Por qué un negro? –quiso saber ella después de un silencio largo.

–Para ser menos intelectual y poder pensar con los sentidos –le contestó él acariciándole un tobillo–. ¿Te imaginás cómo podría tocar la trompeta si fuera negro? –fantaseó soñador, y sorpresivamente se llevó el dedo gordo del pie de ella a la boca y lo empezó a chupar y a soplar como si hubiera sido la boquilla de ese instrumento de viento.

En ese momento, con la fugacidad de un relámpago, ella tuvo la certeza de haber vivido una situación similar, una situación que no lograba ubicar en su memoria sino en el recuerdo de sus sensaciones y la conmovió descubrir que quizás había vuelto a encontrarse con el hombre capaz de arrancarle todos los sonidos.

El se puso de pie, las velas ardían en los candelabros sobre la mesa de roble, todo parecía envuelto en una luminosidad crepuscular, el cuerpo de él se veía oscuro y el de ella rabiosamente claro; la realidad, a pesar de su violencia, parecía etérea y los relojes habían enmudecido.

–Quiero volver a encontrarte –le había dicho ella desesperada, sabiendo que por más que se empeñara en negarlo ésa sería la última vez que estarían juntos; ningún negro tenía derecho a desear el amor de una mujer blanca y si no huía de allí, lo matarían.

–El próximo verano tendrás noticias mías –alcanzó a despedirse, pero no habían vuelto a verse y ella eligió marchitarse a la sombra de aquel recuerdo afiebrado. Murió soltera, con un camisón de encajes entre sábanas bordadas de lino con olor a alhucema, pero nunca hubo en su expresión el rictus amargo de la mujer insatisfecha, por el contrario, lo que más llamaba la atención en ella era su mirada de lámpara votiva, siempre encendida y brillante.

–Quiero volver a encontrarte –le dijo ella de repente cuando él se acercó a besarla.

–¿Por qué me decís eso, pensabas no volver a verme? –le preguntó sorprendido.

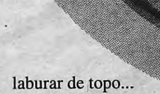
–No, lo digo porque me gustaría encontrarme con vos, negro, en otra vida y que al repetirse este momento, la que sea yo en ese entonces perciba a la que soy ahora, como acabo yo de percibir a la que he sido.

El la miró sonriente, incapaz de comprender lo que parecía ser un juego de palabras y, sin apurar las cosas, con desmayada lentitud, se amaron hasta la madrugada.

Se reproduce aquí por gentileza de la autora.

LA LUCHA CONTINUA

Por Juan Sasturain



Resumen: El narrador es Pirovano, un ex arquero que oculta bajo el guante de guardavalla que lleva siempre en su mano izquierda un terminal electrónico, símbolo de su doble vida aventurera. Por la cúpula secreta de su edificio sale a un Buenos Aires subterráneo del que emerge como Catcher, agente de magia. Ahora anda con Etchenique tras los asesinos del Troglodita y del "Milagro" Narvaja. El veterano sospecha de los narcos de "Ibrahim", los Gigantes en la Lona de él.

35 EL INFORME LACANA

Tomamos el último subte. Etchenique a esta altura estaba fuera de horario y de training pero no parecía dispuesto a renunciar a su lugar en la pelea. Sobre todo cuando en mi relato del episodio del bar mencioné el papel cumplido por el rudo Itatí Bedoya:

–Los correntinos son cuchilleros naturales... –acotó de improviso.

No tenía ese detalle.

–Para aclarar ciertas cosas sólo me queda esta noche –dije involuntariamente abolerado–. No me sume cuestiones, veterano. Simplemente, sígame.

–¿Hasta dónde?

–Mejor hasta cuándo; mañana. Mi idea es trabajar toda la semana y el domingo descansar.

–¿Qué hay que hacer? –se ofreció desafiante–. Porque yo sólo pienso moverme contra "Ibrahim", que ya pegó dos veces. Y eso no es joda. Todo lo que me tomé el laburo de explicar en El Molino...

No fue fácil acordar con el veterano. Caminando por las piedras de la información, a la altura de la estación Loria conseguí que aceptara mi actitud de no revelar todavía el crimen del Troglodita hasta no hacer contacto con Lacana & Cía.

–Está bien. Pero ahora el objetivo, para lo que me buscaban esos pibes, para lo que se comunicaron con Sayago, tiene que ser garantizarles seguridad: hay que proteger a Roperito y a los que quedan... –fue su única conclusión–. Incluso defenderlos de su propia tontería... Lo demás es secundario.

Y había cierto tono de reproche en lo que me decía. Supongo que para Etchenique yo parecía más preocupado por mi situación personal que por el riesgo que corrían los devastados Gigantes. Y algo de eso había, aunque el significado de mi actitud era otro:

–¿Hay algo importante ahí? –y señalé las carpetas chamuscadas que conservaba bajo el brazo.

–No tengo los anteojos –confesó.

Me hice cargo de los papeles. Los examiné durante algunos minutos mientras la gente subía y bajaba en Plaza Once. Fue suficiente. Los doblé en cuatro y me los puse en el bolsillo:

–Hay que bajarse ya –dije.

–¿Para qué? –Para irse a dormir a Pichincha.

No le gustó nada. Yo era consciente de que había sido agresivo, pero no era al pedo.

–Para lo que viene hay que tener menos de ochenta y ver algo, no andar buscando los lentes –simplifiqué sonriendo, pero alevosamente.

–Estás equivocado –fue toda su rebeldía–. Y habíamos quedado hasta el domingo.

–Eso está en pie. Sólo que voy a laburar de topo...

–Lo único que vos tenés de topo es la ceguera –y me devolvía atenciones.

–Puede ser –admití–. Pero ahora, mejor se va, veterano. Y no me siga, como ayer... A propósito: ¿ese laburo lo hizo solo o acompañado?

–Solo, claro... Con el viejo en el Di Tella, ya te dije –se defendió extrañado.

–Ah.

Al llegar a la estación Alberti casi lo empujo hacia el andén. El protestaba por lo bajo y la gente nos miraba.

–No pierdas el eje, Pirovano... –me aconsejó desde abajo–. ¿sabés cuál es el segundo apellido de Itatí Bedoya?

No esperó que reconociera mi ignorancia:

–Herrera, boludo... –me gritó triunfal– ¡Herrera!: "I.B.H."

Bajé en la estación Sáenz Peña, fui hasta el extremo del andén norte y cuando llegó el tren siguiente por el otro andén aproveché para bajar a las vías y perderme en la oscuridad. La entrada de Emergencia estaba a veinte metros. Tanteé la gama, conecté el terminal y entré en el circuito subterráneo. Tres minutos después estaba en la cúpula.

Encendí las pantallas. Antes de entregar a la red todas las novedades recogí un mensaje de Lacana & Cía: "Info fierros ok"/"Info cuerpo ok".

Tenía que apurarme. En diez minutos tecleé todos los datos reunidos entre las salidas de Catcher, las informaciones de Sayago y Etchenique, y los papeles salvados del incendio. Las palabras fueron calando en blanco las nueve pantallas de distintos colores como si nevara sucesivamente sobre diferentes canteros. Cuando terminé, el texto se distribuyó exactamente en la totalidad de la superficie disponible, sin resquicios.

Después, lentamente, un viento de escamas plateadas fue borrando de derecha a izquierda mi populosa escritura, arrastrando como arena seca la mayoría del texto, como quien limpia de tierra y hojarasca una lápida hasta dejar sólo la inscripción básica: ahí estaba lo fundamental.

Pero ese mensaje práctico era y no era a la vez la voz de Subjuntivo cinco centímetros detrás de mi nariz:

–No vuelvas sin ella –decía sin decir.

Tecleé por precisiones pero la respuesta se reiteró, inconfundible:

–No vuelvas sin ella.

Salí a la calle cerca de la medianoche. Tomé un taxi a Belgrano y Defensa para verificar lo que sospechaba; el escarabajo no estaba allí. Y quién sabe desde cuándo. Seguí viaje por Paseo Colón hacia el sur y descendí bajo la Autopista. Entré a la estación de servicio abierta toda la noche, fui al baño, cerré la puerta, saqué la tapa del depósito de agua del inodoro y apareció la E. Enchufé el conector, la pared se abrió hacia una escalera y descendí mientras todo se normalizaba a mis espaldas. Anduve doscientos metros por humedades y estrecheces hacia el río hasta la Emergencia final.

Coloqué el terminal, saqué y puse lo necesario, y Catcher entró a los dominios de Lacana & Cía. Un informe revelador lo esperaba.

Mañana: 36. Sin ella

Juegos

¿ANAGRAMA O SINONIMO?

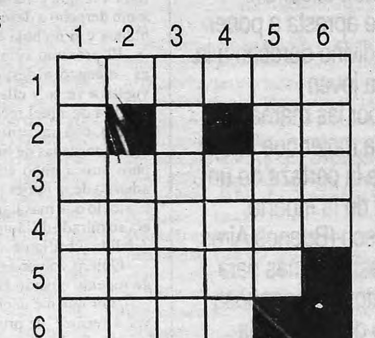
Algunas palabras están definidas con un sinónimo, otras con un anagrama (es decir, con sus mismas letras pero en otro orden).

HORIZONTALES

1. Pítico.
2. Ta.
3. Bisoño.
4. Usaban.
5. Voten.
6. Aras.

VERTICALES

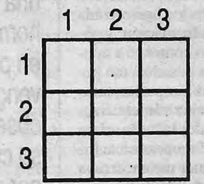
1. Vasija.
2. Subo.
3. Pánico.
4. Reas.
5. Liban.
6. Noto.



TIPICO
I■A■AT
NOVATO
ABUSAN
JUREN■
ASRA■■

UNO-DOS-TRES

En cada casilla van una, dos o tres letras, pero en ninguna línea horizontal o vertical hay dos casillas con la misma cantidad de letras.



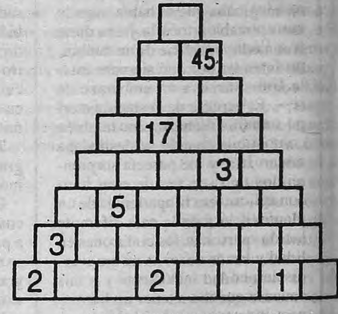
HORIZONTALES: 1. El que contrae segundo matrimonio siendo casado. **2.** Sufra con paciencia. **3.** Derribes.

VERTICALES: 1. Amarraba el ancla a las bitas. **2.** Embarcación fina, de bordas bajas. **3.** Personas amadas.

BI G AMO
T OLE RE
ABA TA S

PIRAMIDES NUMERICAS

Complete las pirámides colocando un número de una cifra en cada casilla de modo tal que cada casilla obtenga la suma de los dos números de las casillas inferiores. Como datos se dan, en cada caso, algunos números ya indicados.



109
64 45
37 27 18
20 17 10 8
10 10 7 3 5
5 5 5 2 1 4
3 2 3 2 0 1 3
2 1 1 2 0 0 1 2

CORRESPONDENCIAS

Señale las relaciones correctas sabiendo que si, por ejemplo, a la opción 1 le corresponde la C, esta relación no se repite en el resto del juego.

Parejas históricas

1. Napoleón — A. Josefina
2. Almirante Nelson — B. Mme. Pompadour
3. Luis XVI — C. Lady Hamilton
4. Luis XV — D. María Antonieta

Películas con médicos

1. "M.A.S.H." — A. Michael Douglas
2. "Coma" — B. Donald Sutherland
3. "El fugitivo" — C. Harrison Ford
4. "¿Qué pasa, doctor?" — D. Ryan O"Neal

Más símbolos nacionales

1. Rosa — A. Irlanda
2. Granada — B. España
3. Trébol — C. Canadá
4. Hoja de arce — D. Inglaterra

Isla

1. Galápagos — A. Italia
2. Aleutianas — B. Chile
3. Pascua — C. Ecuador
4. Cerdeña — D. EE.UU.

Parejas históricas: 1-A; 2-C; 3-D; 4-B. Más símbolos nacionales: 1-D; 2-B; 3-A; 4-C. Películas con médicos: 1-B; 2-A; 3-C; 4-D. Islas: 1-C; 2-D; 3-B; 4-A.